

Recordar, compartir, aprender

Sevilla

José Aguilar Salcedo

César Ubero Ambel, 31 años

AL ROCÍO CON PEPE AGUILAR

Lo peor que hay en el Rocío son esas mujeres guapas y hermosas, y esos tíos ‘shulos aflamencos’, con unas patillas que les llegan aquí -Pepe señala el comienzo del bigote- Y que no las puedes mirar, que en cuanto tú le miras a una gachí te dice el tío “¿Tú, qué carajo miras?” Y antes de que se vaya para ti o tú para él, ya se está metiendo la gente en medio “¿Que estamos en el Rocío! ¡Aquí no se pelea nadie!” Empezamos a cantar y a bailar, se olvida la pelea, la morena y todo.

Eso pasa nada más que en el Rocío. La gente es muy celosa porque llevan unas mujeres despampanantes. En el Rocío parece que nacen las mujeres como las flores, unas mujeres guapísimas. Por cierto que la mujer, me vas a perdonar, no la conocerás en la vida. La mujer está contigo y cuando te das la media vuelta, es otra mujer. No quiero decir ni que sea buena ni mala, pero la mujer no se conocerá en la vida. Mi mujer es una mujer que antes de levantarse está trabajando y una vez acostada sigue trabajando. Pasamos apuros ahora, y ella se busca las cuatro pesetas por su cuenta para su hijo. ¡Con Dolores me acuesto y con Dolores me levanto! ¡Me levanto ‘destrozao’!

El primer año que fuimos al Rocío no teníamos experiencia ninguna, en absoluto; lo que ocurre, es que un rociero de mucho tiempo, un tal Rebollo, nos presentó en la Hermandad de Villanueva del Ariscal. El carro nos lo habían hecho en un taller de Camas con los restos de un camión. Después de la presentación, en el camino, en la primera parada, nosotros creíamos que iba el panadero y resulta que el panadero no llegó y no teníamos pan para comer, y un tal Niño Ana, de Villanueva, que era un viejo con mucho arte, se fue y vino con un saco de pan lleno de bollos “¿Que ‘se los quedéis’ aquí!”. Ahí bebe, come y disfruta todo el mundo, ahí no hay esto es mío ni esto es tuyo. El camino es lo mejor. Nosotros, nada más que se mete la Virgen en la ermita, estamos ya recogiendo y para atrás. Y ese camino para atrás es precioso. Yo venía de vuelta con tres o cuatro chiquillos “¿Quillo, si nosotros no sabemos el camino!”, “¿Sabes lo que vamos a hacer? Mira, trae huevos, porque el pan se lo comen los pájaros, y hacemos el camino con huevos”. ¡Pum! Tirábamos un huevo. Cada cien o doscientos metros tirábamos un huevo, como te lo estoy diciendo, acabamos con cuatro o cinco cartones de huevos. Todo el camino tirando huevos para no perdernos.

La primera parada es el Centro de Estudios, en Aznalcázar. Nada más que se llega, se aparejan los carros como los indios, se hace un círculo muy grande. Bueno, se intenta hacer el círculo, a veces no, porque no cabe-mos, o porque los pinos no te dejan. Luego tienes que buscar un pino o algo para meter los animales. Nosotros, llegamos a las paradas, les quitamos los arreos, les damos de beber y, después, los amarramos con su pienso, o su cebada, o su avena, o lo que sea para comer. Primero darles de beber, que se llenen bien el vientre para que no se aviente. Y ahora a comer, que les sobre comida. Yo llevaba el mejor mulo de España, el mío; se ponía en la cuadra con los caballos y sobresalía una cuarta. Me costó cuatrocientas setenta mil pesetas el mulo.

Ahora que recuerdo, hay una cosa muy bonita; que cuando llega la noche suena una campanilla, que es la del cura, y está todo el mundo cantando, bailando y divirtiéndose; se hace un silencio que no se lo puede creer nadie. Hay que escuchar misa y se escucha misa, pero como te estoy diciendo, que ‘habemos’ ahí quinientas personas formando jaleo y no se escucha a nadie. Se termina la misa y parece que se han roto los cables, otra vez todo el mundo cantando y bailando. Normalmente, hay una hoguera en cada ramal. En la Hermandad nosotros somos los menos, porque el noventa por ciento son del pueblo. Todo el mundo quiere quedar bien contigo y tú quieres quedar bien con ellos. ¿Qué es lo que haces? Pues llegas por la tarde, te duchas, te pre-

Recordar, compartir, aprender

paras y te das un paseíto “¡Eh, fulanito, ven para ‘acá’ a tomar una copa!”. Te tomas una copa con uno, te sientas, cantas una sevillana. Terminas de ahí, sigues otro poco y ya te están llamando otra vez “¡Pepe, ven para ‘acá’!” Cuando te das cuenta ya vas alegre, y como digas ‘de no beber’, peor; Manzanilla de Sanlúcar; las mujeres igual que los hombres. Salen muchas parejas del Rocío ¡y muchos cuernos!, hay que ser realista, que por la noche se pierden las parejas y no hay nadie que los encuentre, porque tiene la ventaja de que no hay puertas en el campo.

Al otro día tenemos que pasar el Quema para llegar a la Raya Real. Nosotros vamos temprano para que las bestias no se resbalen. Nos levantamos a las seis de la mañana, después de acostarte a las cinco y media, como aquel que dice. Se hace una candela, en el rescoldo se ponen unas tostadas de ese pedazo de pan de pueblo tostaíto, con manteca ‘colorá’ y lomo. Y luego, después, el aguardiente.

En el Quema, todo el que sea la primera vez que pasa, ése se bautiza. Una cosa muy normal en el Quema es ver ocho o diez caballos en el medio, rodeando a una persona para bautizarla, porque es de la Hermandad. Y empiezan a cantarle sevillanas, y el que hace de cura diciendo verdaderas barbaridades: “Porque eres la más guapa, la reina de las marismas, porque... Yo te bautizo en el nombre del Padre...” Le echa un poco de agua y ahora a seguir cantando y bailando, pero con todos los caballos y con todo. Al salir del Quema, los bueyes y los carros se resbalan; ahí me tienes con todos los rocieros empujando y venga a empujar. Las niñas echándose la ropa para arriba y quitándose los zapatos para cruzar.

LO IMPORTANTE DE LA VIDA

“¡Menudo bicharraco que llevas ahí!”, me grita el camarero del hogar del pensionista La Encina, en Parque Alcosa, donde Sevilla escucha a los aviones despegar. Pepe Aguilar sonrío condescendiente mientras salimos del bar. Para este sevillano del Corral de la Almona, en la antigua calle Oriente, lo importante en la vida son sus tres hijos y sus siete nietos. Le pido un consejo y me espeta “¡Estudia! No te arrepentirás”.

Él tuvo que dejar la escuela con 11 años para ayudar a su padre a contar sacos en un almacén. Con 14, entró como repartidor en los prestigiosos almacenes Bristol de la calle Tetuán, frente por frente la Mantequería Leonesa. Llegó a conocer bien las calles de la ciudad, cosa que le fue de gran utilidad algunos años más tarde cuando entró en la incipiente Schweppes, que entonces dependía de La Casera para su distribución y no era nada frente a Trinaranjus.

El primer día de reparto consiguió vender una sola caja de refrescos tras visitar a ochenta clientes con su furgoneta. Algunos años después, llegaría a dirigir la logística de la firma a nivel nacional. Los toros son su pasión desde niño. La Feria de Sevilla le llevó al Rocío. Le encanta jugar a la petanca; con el reglamento en la mano, por supuesto. Hemos hablado de lo divino y lo humano: “Pepe, ¿has hecho alguna vez una locura por amor?”. “He hecho varias, pero eso no te lo voy a contar”.